

Villoro y los pensadores mexicanos del siglo xx

FERNANDO SALMERÓN

En su nuevo libro, Villoro ha reunido un conjunto de ensayos de índole diversa pero de materia común, y les ha dado un título y un subtítulo que hacen resaltar a la vez esa unidad y esa diversidad. Mi comentario quiere solamente llamar la atención sobre la importancia del libro, con el único procedimiento que me parece practicable en estas páginas: el de señalar algunos rasgos que le dan unidad. Estos mismos, sin embargo, se hacen notables tan sólo en comparación con sus contrarios —que son los más evidentes en todo libro misceláneo.

El ensayo más largo del volumen, un panorama de la marcha de la cultura mexicana entre 1910 y 1960, fue escrito para una revista especializada de historia, que destinó un número al cincuentenario de la Revolución de 1910; el más breve, en cambio, es una nota publicada en una revista de divulgación, al año siguiente de la muerte de José Gaos, que es un homenaje a la labor del maestro y un juicio breve pero certero sobre el significado más general de sus dos mayores libros filosóficos. Entre estos dos márgenes se extiende una docena de textos que tratan de libros y autores de filosofía, de literatura, de historia y de ciencias sociales: reseñas de revistas, introducciones o comentarios en la presentación de un libro —hasta la respuesta a un discurso académico, leído la noche del ingreso de Antonio Alatorre a El Colegio Nacional.

Esta diversidad es la que parece subrayada en el título —*En México. Entre libros*—. Pero no es menor que la que indica el prólogo con el registro de las fechas de publicación de cada uno de los ensayos reunidos. Si consideramos que el mismo prólogo, que no lleva data de redacción, corresponde al año en curso, y tenemos en cuenta que uno de los ensayos fue impreso por primera vez en 1955, no queda más remedio que repartir los otros dentro de un amplio espectro de fechas —apenas interrumpido por breves lapsos—, que cubre prácticamente cuarenta años de actividad intelectual del autor.

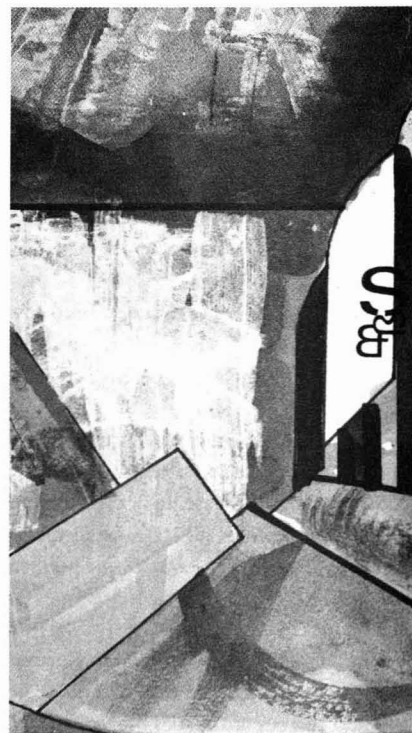
Por supuesto que en esta actividad o, mejor dicho, en su núcleo filosófico, habría que hallar la unidad profunda de todos los escritos: perceptible apenas en el más antiguo, por ejemplo, como una preocupación sobre materias de epistemología —opuesta a formas de historicismo extremo y empeñada en la búsqueda de estructuras intersubjetivas de valor universal. Pero muy notable, en cambio, en los escritos más recientes: a veces insinuado en la base de una discusión sobre el conocimiento en general; o a propósito de la frontera misma de las ciencias históricas y sociales. A veces también, presentado con verdad y elegancia a partir de una mera distinción del lenguaje, como criterio para determinar la clase de conocimiento que corresponde a la crítica literaria. Pero desde el principio he dicho que mi comentario no tomaría esta dirección, que vendría a ser una manera de hablar del nuevo libro por su relación con la obra anterior de Villoro. Mi propósito es ocuparme del libro mismo y destacar aquellos rasgos que le dan unidad —sin acudir a lo que he llamado su núcleo filosófico.

Para esto es indispensable volver al ensayo que encabeza el volumen —el panorama de la cultura mexicana de 1910 a 1960— que, por sus características, escapa de los límites acotados por título y subtítulo. Por eso mismo debe ser leído como un marco general, al que han de referirse los demás textos reunidos en el libro. Vistos de esta manera, bastará con citar dos o tres pasajes para que destaquen los rasgos unificadores.

El espléndido ensayo de Villoro es deudor, como no podía ser menos, de nuestros dos grandes clásicos sobre ese mismo asunto —el *Pasado inmediato* y *El laberinto de la soledad*—. No es solamente el relato de la transformación intelectual y social del país a lo largo de cincuenta años, sino también el intento de dibujar el papel de las generaciones en los cambios de la literatura, de las artes y del pensamiento moral y político —como síntesis de las etapas de un proce-

so de autoconocimiento—. Bajo la mirada de Villoro, nuestra historia cultural ha realizado el paso de una cultura enajenada —la anterior a 1910—, al dominio de otra arraigada en la propia vida y entendida como patrimonio colectivo. Por encima de todo esto, el ensayo anuncia además la sospecha de que con el logro de ciertas metas ha sobrevenido el agotamiento de algunos temas que inicia una crisis del nacionalismo cultural —justo a partir del año de 1960—. Era preciso entonces apuntar algunos indicios del nuevo cambio por venir.

Del recuento de los indicios que Luis Villoro creyó percibir el año del cincuentenario de la Revolución mexicana, me interesa subrayar aquellos que él mismo propuso como tareas urgentes, de seguro llevado por preocupaciones filosóficas personales. La *primera* consiste en el conocimiento y dominio de las nuevas direcciones de la cultura universal, para vincular a la nuestra de modo permanente con las corrientes actuales del pensamiento (pp. 34-35). La *segunda*, es la especialización y el profesionalismo crecientes, como exigencias de nivel técnico y de rigor en la investigación intelectual (pp. 36-37). Ambas tareas —internacionalismo y profesionalismo—, le parecían entonces relacionadas con las causas principales de la falla mayor de nuestra cultura: la carencia de continuidad y la incapacidad para crear verdaderas escuelas de pensamiento (pp. 36-37).



El lector puede seguir, en los otros escritos del volumen que comentamos, la puesta en práctica de aquella declaración de deberes urgentes. Pero no es éste el punto que interesa ahora. Varios de los ensayos contienen, además de la discusión de un pensamiento ajeno y de la aportación de las ideas propias, el recurso de un recuerdo personal del autor, que justifica la manera de acercarse a libros y personas. Y es sobre estos recuerdos que quisiera llamar la atención, porque completan la descripción de las citadas urgencias y tareas.

Cuando Villoro recuerda a su maestro Gaos o se refiere a Zea o a Uranga al repasar las empresas de su generación, o alude a Rossi a propósito de la generación siguiente, vuelve sobre los temas del profesionalismo y la capacidad para enfrentar doctrinas nuevas. Y en un ensayo de este libro, publicado originalmente en mayo de 1993, escribe que vivimos todavía ese momento, "porque andamos aún en los primeros pasos por construir una comunidad filosófica profesional sólida" (p. 176). Algo que sólo puede lograrse si a la superficialidad de la improvisación se oponen el rigor del análisis, la pregunta pertinente y la argumentación crítica.



Pues bien, el enlace de estos recuerdos con las tareas urgentes —explícitas desde 1960—, es el hilo que engarza cada uno de los textos recogidos en el volumen; pero no sólo por la puesta en práctica de aquellos deberes intelectuales con una fidelidad que no declina en ningún caso, sino por la voluntad de contribuir con ellos a construir, entre nosotros, una comunidad filosófica digna de ese nombre.

Con independencia, por supuesto, de otras consideraciones más complejas —que

no cabría discutir en pocas páginas—, pienso que la unidad del libro radica en esa voluntad de servir a una comunidad filosófica en formación. Allí mismo reside también su importancia. Porque de pocos libros se puede hacer este sencillo elogio.

La colección de ensayos no sigue pues el plan del texto general de 1960, que le sirve de marco. Mientras éste quiere dibujar las líneas más gruesas de la arquitectura de un paisaje de cincuenta años, los ensayos, uno a uno, se acercan a una persona o a un libro para puntualizar un problema específico y discutirlo con radicalidad. No son un panorama histórico sino un grupo selectivo de planteamientos fragmentados que hacen la imagen de un caleidoscopio —cuyo encanto no viene de la diversidad de planos y la contemplación de lejanías, sino de la precisión de cada uno de los dibujos—. Seguramente Luis Villoro ha tenido presente que este rasgo de estilo en la composición de un libro es también el más útil para una comunidad filosófica como la nuestra. ♦

Luis Villoro: *En México. Entre libros. Pensadores del siglo XX*, El Colegio Nacional, Fondo de Cultura Económica, México, 1995. 219 pp.

La Gaceta

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

NUEVA ÉPOCA

NÚMERO 296

AGOSTO DE 1995

GEORGE STEINER: *La inconclusa*

WOLF LEPENIES ♦ JULIO HUBARD ♦ GUY DAVENPORT ♦ OMAR PÉREZ

ERNESTO HERNÁNDEZ BUSTO ♦ RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL ♦ CHARLES LAMB

HÉCTOR PÉREZ RINCÓN ♦ CARLOS PEREDA ♦ JOSÉ MIGUEL ULLÁN

DYLAN THOMAS: *Cartas a Pamela Hansford Johnson*

Poemas de J. SÁNCHEZ PELÁEZ, ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA, JOHN DONNE,
PEDRO SERRANO, PABLO MORA

